

# Quijotes

Antonio Sáez Delgado

Día Mundial del libro · 23 de abril de 2005  
Plan de Fomento de la Lectura en Extremadura



# Quijotes

Antonio Sáez Delgado



El mejor consejo que me han dado nunca lo encontré en la página de un libro. Era de Ricardo Reis, un escritor que nunca existió más allá de la literatura, fuera de los libros: “pon el máximo de ti mismo en lo mínimo que hagas”. Lo leí por primera vez siendo adolescente, en ese tiempo en que los consejos son un género que, por su caudal, abruma. Desde entonces no lo he olvidado.

Poco a poco la vida se va llenando de libros. El primero que recuerdo en la mía es El Quijote, descansando en la mesilla de noche de mi abuelo. Esa fotografía tiene una fecha, mil novecientos setenta y y; y un lugar, Cáceres. En una casa lindando con el casco antiguo, mi abuelo nos hacía leer y, sobre todo, escuchar con paciencia sus composiciones, sus rimas, sus ripios. Le gustaba escribir, y mi hermano y yo creíamos que era un gran poeta. Otras veces nos leía los clásicos. Empezaba por Dante, uno de sus favoritos, y continuaba con El Quijote, que fue el primer libro que compró, empleando sus pagas infantiles, en una sobria edición de la casa Hernando.

Recuerdo oírle decir que lo había leído siete veces, siempre en la cama y antes de dormirse. Llegaba a la última página y se creía, sin saberlo, poseedor del libro de arena de Borges. El final llevaba al principio. Después mi hermano y yo, muchas veces con nuestros amigos, imitábamos su voz temblorosa y cansada y nos reíamos.

Tenía ochenta años. Nosotros doce o trece. Lo que entonces tomábamos casi como un castigo el tiempo se ha empeñado en que sea el mejor regalo. Caminábamos por el Paseo Alto de Cáceres, le escuchábamos hablar de la vida literaria del Ateneo de Madrid (que tan bien conoció en los años veinte). Eran conversaciones con balas de mentira y sangre de verdad, como siempre ocurre en literatura. Le oíamos decir que había leído un poema, vestido con su mono de operario, en el elegante entierro de Villaespesa. El tiempo se encargó de enseñarnos la realidad, de mostrarnos que era sólo un poeta. No he olvidado el sabor del agua que apaga la hoguera de las vanidades. Fue un hombre que puso todo cuanto era en lo mínimo que hizo, y eso basta para que leamos hoy sus versos con amor desapasionado, el que no deforma la memoria y no trastorna las veleidades del presente y del futuro.

En el recuerdo de aquellas tardes en que escuchábamos El Quijote tenemos pantalones cortos, y nos reímos con la boca llena. Alguien dirá que es una escena ridícula. Muchas veces me he preguntado cuándo se inició en mí, en nosotros, el placer de la

lectura. Todos los días me interrogo sobre qué sobrevive hoy de aquellos días. Con el tiempo he intentado aprender, como Alberto Caeiro, a observar el mundo con la cabeza vacía, a leer sin ideas, como quien contempla un paisaje. Intento ser un lector neutral. En las lecturas de mi abuelo, siempre me gustó más la figura de Sancho que la de Don Quijote. Después he sabido que me atrae más el idealismo de Sancho que la ética de Don Quijote. Un toque de atención: los libros pueden volvernos locos, incluso aproximarnos a la muerte. Ya decía Kant que razón y locura son dos reinos vecinos de fronteras difusas.

A menudo me da por pensar que de poco sirven los libros en medio del dolor. Anoto de Brecht: “primero está el alimento, después la moral”. Pienso sin pasión, con la cabeza vacía de ideas. Me gustan los libros en los que las palabras se tornan elementales, susurrantes, con el recogimiento y la emoción de las grandes cosas sencillas. Los que se leen con la borrascosa sensatez de quien sabe que los mismos cuchillos que los provocan en otros marcan nuestra piel hasta convertirla en el mapa de los días vividos. Me gusta leer libros, todos los libros, como si fuesen mi propia autobiografía. Los libros nos acercan a la tradición, es verdad, pero también nos sirven para librarnos de ella, de su terrible peso a nuestras espaldas. Los libros están compuestos de palabras, y las palabras no son reales. Aunque algunas de ellas, prestigiosas en la literatura y terribles en la vida, se empeñen en acompañarnos adonde quiera que vamos.

Los libros, la literatura, es el reino de la libertad. Abrimos o cerramos un mundo, lo inauguramos y clausuramos con sólo hacer un movimiento con nuestras manos. Horacio creyó que viviría en sus Odas cada vez que un lector las leyese. Otros, como Kafka, se empeñaron en quemar todas sus páginas. A mí, algunas veces, me da por pensar que también permanecen vivas las personas fuera de los libros, pero dentro de sus palabras. Cada vez que abro las páginas del Quijote, el mismo ejemplar que descansaba sobre la mesilla de noche de mi abuelo, siento renacer su voz; observo, sin ideas, las primeras huellas que la literatura fue dejando en mi interior. Y entonces corro a ver lo más importante: si mi hermano, si mis amigos continúan cerca. Pongo lo máximo de mí en lo mínimo que hago, y tengo la certeza de que eso es lo único que vale la pena.